

# NEW LEFT REVIEW 80

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO JUNIO 2013

## ENTREVISTA

G. M. TAMÁS Palabras desde Budapest 7

## ARTÍCULO

RÉGIS DEBRAY ¿La decadencia de Occidente? 31

## POLÉMICA

ASEF BAYAT Malos tiempos para la revolución 49

TARIQ ALI Entre el pasado y el futuro 65

## ARTÍCULOS

PETER NOLAN Archipiélagos imperiales 81

BENEDICT ANDERSON Los no galardonados 101

SVEN LÜTTICKEN El *performance art* después de la tv 113

## CRÍTICA

KOZO YAMAMURA Estancamiento sistémico 138

KHEYA BAG La dinastía de Delhi 147

IAN BIRCHALL Descubrir el Tercer Mundo 158

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

## CRÍTICA

Rani Singh, *Sonia Gandhi: An Extraordinary Life, An Indian Destiny*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011, 268 pp.

KHEYA BAG

### LA DINASTÍA DE DELHI

Clasificado como uno de los peores países del mundo para las mujeres, India podría ser uno de los mejores lugares para una política. Ha habido poderosas primeras ministras de los distintos estados –Mayawati en Uttar Pradesh, Mamata en Bengala Occidental, Jayalalitha en Tamil Nadu– y la vociferante líder de la oposición parlamentaria es Sushma Swaraj, del BJP. Mientras que posiblemente todas quisieran optar a presidir el país, la principal figura entre ellas ha puesto reparos al cargo. La vida y la trayectoria de Sonia Gandhi llevan las políticas de identidad a otro nivel. El «ama de casa italiana» elevada al poder por ser viuda de Rajiv Gandhi –y única superviviente familiar de la generación siguiente a la de Indira– ha conseguido convertir su cargo de presidenta más duradera del Partido del Congreso en el de jefa de Estado extraoficial. En 2010, como señala Rani Singh en la primera biografía de alcance internacional, el servicio diplomático chino la situó en un rango protocolario equivalente al del presidente Hu, por encima del primer ministro Wen.

Singh es una periodista residente en Londres, durante muchos años presentadora de la BBC. Su libro carece del talento estilístico de Manjulika Dubey, la narradora encargada de redactar las propias memorias de Sonia –adecuadamente tituladas *Rajiv*–, y de los detalles faccionarios internos que animan *Sonia: A Biography* (2009), escrita por Rasheed Kidwai, de *The Telegraph* de Calcuta. En apariencia Singh no consiguió sacar nada de su protagonista cuando ambas se reunieron, y se basa enormemente en citas de

columnistas indios afines y en apuntes del decorador de Sonia, mientras que Mark Tully, de la BBC, aporta el análisis político. Capítulos novelescos sobre las muertes violentas del cuñado, la suegra y el marido de Sonia alternan con laboriosas crónicas de batallas electorales y discursos en el extranjero, entremezcladas con amplios detalles sobre el sentido estético en el vestir de la señora, su devoción de madre y sus habilidades culinarias. El libro de Singh es más fácil de interpretar como un manual sobre la forma dinástica.

Las destrezas políticas de Sonia no son insignificantes, pero se acepta en general que debe su actual posición de poder sobre 1.200 millones de indios a la mórbida dependencia de una única familia que experimenta el Partido del Congreso. El proceso alcanzó una especie de apogeo en enero de este año cuando Sonia premió a su hijo Rahul por sus desastrosos resultados en las trascendentales elecciones estatales de Uttar Pradesh en 2012 —el Congreso quedó cuarto— elevándolo a la vicepresidencia del Partido; de acuerdo con las noticias, están debatiendo su candidatura a primer ministro en las elecciones generales de 2014. Hasta Singh admite tácitamente que la hegemonía es proporcional a la quiebra ideológica del Partido: «El problema es que a lo largo de los años el Partido se ha atrofiado en muchas áreas cruciales, confiando en parte en la magia de los Nehru-Gandhi para asegurarse la victoria», escribe. Aunque gobierna desde hace casi una década —desde la caída de la coalición BJP en 2004— el Partido del Congreso ha tenido problemas para alcanzar el 28 por 100 de los votos.

La «magia» no está solo en función del insaciable interés de los medios, ya sea servil o sensacionalista. La primera familia de India combina la longevidad de la realeza —cinco generaciones, si partimos del plutócrata Motilal Nehru (1861-1931), que escribió en 1928 sobre la posibilidad de pasarle la «corona» de la presidencia del Partido del Congreso a su hijo Jawaharlal—, con el glamur telegénico y la vulnerabilidad al asesinato de los Kennedy. Como en el caso de la realeza, priman los nombres de pila. El pilar fundamental de su ideología sigue siendo el mitificado legado del liderazgo de Nehru en la lucha por la independencia y las primeras décadas del naciente Estado indio, lo cual va crucialmente entremezclado con un relato de deber y renuncia, de sacrificio abnegado por la nación. Por extensión, combina la casta alta y la autoridad aristocrática con la dedicación a los pobres y a los oprimidos, y una sincera simpatía por el *aam aadmi*, el hombre común. Por último, implica la personificación de los «valores de la familia», encarnados en unas relaciones familiares con las que todos pueden identificarse. La importancia de Sonia en el modelado y el traspaso de la dinastía a la siguiente generación, por lo tanto, no debe únicamente entenderse como algo ideológico y político, sino también sentimental, estratégico y profundamente relacionado con su condición de mujer.

Nacida en 1946 en una aldea cercana a Vicenza, Edvige Antonia Albina Maino recibió el sobrenombre de Sonia de su padre, un fascista que había combatido con las fuerzas de Mussolini en Rusia y que después de la guerra regentó una pequeña constructora. Sonia se educó con las monjas –una de las cuales comentaría a un entrevistador de *Frontline* en 1998: «Siempre fue un poco manipuladora. Le debería ir bien en política»–, pero dejó el convento a los catorce años para asistir a la escuela de idiomas Berlitz, un paso para obtener un puesto de secretaria en una empresa internacional. A los diecinueve se trasladó a pulir su inglés a una escuela de idiomas de Cambridge, «popular entre los extranjeros, que la consideran más limpia y segura que Londres», explica Singh. Rajiv Gandhi, de 21 años, estaba a punto de abandonar una ingeniería en el Trinity, y la vio en un restaurante local. Se prometieron al año siguiente, 1966, poco después de que los líderes del Congreso nombrasen primera ministra a la madre del novio, Indira. (El padre de Rajiv, Feroze Gandhi –por supuesto, sin parentesco alguno con Mahatma–, había muerto en 1960).

La boda se celebró en 1968, en el jardín de la residencia de Indira en Lutyens; Sonia llevaba un sari de color rosa claro que Nehru había tejido a mano en la cárcel, para la boda de Indira con Feroze en 1942. Los recién casados se instalaron en la casa de la primera ministra, junto con Sanjay, el hermano menor de Rajiv, y su esposa, Maneka. Rajiv compaginó felizmente su profesión de piloto de Indian Airlines con las reuniones sociales de la *babalog* de Delhi. En 1970 nació su hijo, Rahul, y dos años después una hija, Priyanka. Singh se muestra un tanto vaga respecto al Periodo de la Emergencia, como lo haría Sonia en 2004, cuando explicó que Indira «nunca estuvo cómoda» con la represión que hizo encarcelar a miles de personas, pero «las circunstancias la obligaron». Singh admite que la campaña de esterilización masculina impuesta por Sanjay fue «excesiva», y que su plan de limpieza de barriadas pobres «erró el blanco». Sonia y Rajiv se vieron «incómodamente atrapados en los acontecimientos en marcha, porque su casa era el centro de la acción».

Cuando el electorado indio rechazó a Indira en 1977, Rajiv fue «acosado» por las autoridades fiscales: «Las acusaciones de supuesta corrupción son endémicas en cualquier paisaje político», lamenta Singh; que Sonia trabajase como consejera de una de las empresas tapadera queda sin comentar. Sonia estaba ocupada en ganarse el aprecio de Indira: «Mi educación me hace sentir que mi marido es superior, y su madre más superior aún», le contó a los entrevistadores. Tras el accidente aéreo de Sanjay en 1980 –su último vuelo se describe con gráfico detalle–, Sonia marginó a Maneka, asegurándose de que Indira la escogiese a ella como secretaria privada. A cambio, una tumultuosa vida política llevaría a Maneka al BJP. «Es fácil presentar una imagen de santa y pecadora, ama de casa calmada y angelical frente a joven activista en busca de acción, pero las cosas no eran tan tajantes», concluye Singh. Como antes

su suegra, Sonia desempeñaba ahora la función de primera dama junto a una primera ministra viuda que acabó necesiéndola como asistente personal, gestora doméstica y consejera en el vestir. En la formal expresión de Sonia: «A la angustia que Indira sintió por la pérdida del hijo se sumó la decisión de la viuda de Maneka de abandonar la casa».

El libro afirma que Sonia intentó evitar que Rajiv abandonara Indian Airlines para dedicarse a la política, después de la muerte del hermano, y sin duda es cierto; pero presionada por la familia en general (Vijaya Lakshmi Pandit, Arun Nehru), pronto cedió: «Me plegué a unas fuerzas que ahora estaban por encima de mi capacidad de lucha, y decidí acompañarlo adonde él quisiera ir». Como perfecta esposa de político, renunció a la ciudadanía italiana, cambió su vestuario occidental por los saris y los *salwar kurtas*, y caminó con recato detrás de Rajiv cuando ambos visitaron el distrito electoral por el que él se presentaba, Uttar Pradesh, feudo familiar de Amethi, donde se convirtió en benefactor de mujeres y niños y aprendió a decir *Patiji ko vote dijiye* (Vote por mi esposo). En 1983, Indira nombró a Rajiv secretario general del Comité del Congreso de toda India, el organismo de los delegados nacionales del partido. Singh no molesta al lector con los detalles del Gobierno de Indira entre 1980 y 1984: «Mientras múltiples insurrecciones y una atmósfera de descontento e inestabilidad afectaban a partes de India, Sonia, de vuelta en Delhi, tenía una familia que cuidar». El libro aborda de pasada el movimiento nacionalista sij de Punjab; en cuanto a la ocupación del complejo del Templo Dorado de Amritsar, «era necesario aplastar a los separatistas. Indira necesitaba actuar con rapidez; solo tenía una opción...».

Arun Nehru ha declarado a la biógrafa de Indira, Catherine Frank, en qué medida él y Rajiv estuvieron implicados en el asalto militar que redujo el complejo del Templo Dorado a un osario: Indira les había confiado la Operación Blue Star delante del ministro del Interior, y el primer ministro de Punjab también la conocía. Cuando los guardaespaldas sijs de Indira dirigieron sus armas contra ella, unos meses después, Sonia era el único miembro de la familia que estaba en casa. Singh reproduce el conocido relato: «Sonia corrió en camión, descalza, rompió a llorar, y gritó, “¡Mami! ¡Oh, Dios, mami!”». De camino al hospital, sujetó la cabeza de Indira en su regazo, llenándose de sangre la bata. En la operación del mito dinástico, el lazo de sangre entre madre y nuera probablemente contaría más que el matrimonio con el piloto. Enfrentada a los críticos del Partido que quince años después apelarían a su categoría de no nativa, Sonia afirmó: «La mayor hija de este país, Indira-ji, expiró en mis brazos; cada gota de sangre de mi ser grita que esta es mi tierra». Aun así, la sangre de algunos valía evidentemente más que la de otros. Rajiv juró como primer ministro la tarde del mismo día que murió su madre, pero se permitió que la persecución contra los sijs –al menos 2.700 asesinados, decenas de miles expulsados de sus

casas incendiadas— durase tres días, y los líderes y los pistoleros a sueldo del Partido colaboraron en una carnicería muy orquestada. La respuesta de Rajiv fue: «Cuando un árbol poderoso cae, la tierra tiene que temblar». Tres décadas después, quienes atacaron el complejo del Templo Dorado o dirigieron la matanza de sijs todavía gozan de impunidad.

Para Singh, Rajiv era «como un océano de fuerza reflexiva»; su «limpia imagen» representaba «el cambio, la esperanza, la energía, la modernidad»; su nuevo equipo —gerentes de empresa, un excopiloto, amigos de colegio y universidad— «compartía su sueño». Como Sonia, Rajiv «aborreceda» el comunismo, definido por Singh como la explotación del sentimiento religioso con fines electorales. El mito persiste, a pesar de la participación de Rajiv primero en la anulación de la sentencia emitida en 1985 por el Tribunal Supremo a favor de una divorciada musulmana pobre, en un movimiento calculado para aplacar a los mulás, y después en respuesta a la ira que inspiró capitulando ante las fuerzas del *Hindutva*, abriendo las puertas del Babri Masjid en Ayodhya, lo cual desencadenó los acontecimientos que llevarían a la destrucción de la mezquita en 1992. El escándalo de Bofors, que estalló en 1987 —el Gobierno de Rajiv fue acusado de embolsarse un soborno de 11,7 millones de dólares para favorecer un contrato de armas—, es tachado de mera campaña de calumnias por Singh, que empatiza con la consternación de Sonia ante «el maltrato y el vilipendio que tanto dolor» causaron a Rajiv. La biógrafa no considera digno de investigación el hecho de que el intermediario del trato hubiera sido un italiano amigo de la familia, presentado por Sonia. El escándalo de Bofors explotó cuando las tropas indias entraban en la península de Jaffna, en un pacto entre el Gobierno de Rajiv y el Gobierno de Jayewardene en Sri Lanka, que hizo a Delhi asumir la tarea de aplastar a los Tigres Tamiles. Podría decirse que Indira y Rajiv encontraron un final trágico, en el sentido de que en ambos casos fue consecuencia de cadenas de acontecimientos que ellos mismos habían instigado. Singh dedica un prólogo y un capítulo central a una repulsiva reconstrucción del asesinato de Rajiv por un terrorista suicida tamil.

De hecho, la biografía política autónoma de Sonia empieza en 1991, con su viudedad. Los años siguientes son convencionalmente retratados como un periodo de reclusión tras la muerte del marido, pero Sonia no permaneció en absoluto inactiva. Presidió con eficacia la Rajiv Gandhi Foundation, establecida un mes después del asesinato con una generosa financiación de las mayores empresas indias, Reliance y Tata, y una donación de 20 millones de dólares efectuada por el nuevo Gobierno del Partido del Congreso presidido por Narasimha Rao, como parte importante del primer presupuesto del ministro de finanzas Manmohan Singh; solo las clamorosas protestas hicieron que dicha cantidad fuese retirada. Presidida por Sonia, la RGF se convirtió en una caja de resonancia y en un centro organizador para

la oposición interna del partido a Rao, aunque ella conservó unas excelentes relaciones con el ministro de finanzas de tendencia neoliberal intransigente, exfactórum del FMI y del Banco Mundial y encargado de liberalizar la economía india a comienzos de la década de 1990; muchos de los que se reunieron en torno a la RGF acabaron convirtiéndose en los principales partidarios de Sonia. De acuerdo con Rasheed Kidwai, Sonia estaba insatisfecha con el Partido del Congreso posdinástico dirigido por Rao. En un discurso muy difundido que pronunció en 1995 en Amethi, lo criticó por la lentitud con la que avanzaban las investigaciones sobre la muerte de su marido. Su reluciente memoria fotográfica, *Rajiv*, había sido publicada un año antes. (Una contribución anterior a la bibliografía dinástica que lleva la impronta de Sonia fue la reedición de las difundidas cartas entre Jawaharlal e Indira: «El gusto de Sonia por los libros era excepcional en un político indio», señala Singh).

La derrota electoral de Rao en 1996 desató una feroz lucha interna en el Partido; Sitaram Kesri, crítico ante el liderazgo de los brahmanes —y expartidario de Subhas Chandra Bose—, ganó las primeras elecciones a la presidencia del Partido del Congreso celebradas en décadas. En ese momento, el «sentido del deber» llevó a Sonia a intervenir: «Sentí que me estaba comportando con cobardía, sentada y mirando sin más cómo se deterioraba el Partido por el que mi suegra y toda la familia habían vivido y muerto», explicó más tarde en una entrevista de televisión. La facción de Sonia se movilizó. En marzo de 1998, tras una tormentosa reunión del Comité de Trabajo del Congreso, en la que Kesri se negó a dimitir, los dirigentes del Partido sencillamente cambiaron el rótulo de su despacho, y pusieron el nombre de «Sonia Gandhi».

La inexperta campaña de Sonia como líder del Congreso fue un fiasco: el Partido perdió la mayoría de los distritos electorales visitados por ella. El Gobierno del BJP la sometió a ataques desdeñosos por su extraño torpe hindi y acento extranjero; como líder de la oposición, daba una pobre imagen frente al entusiasta Vajpayee. Pero Sonia se mostró a la altura de críticos del Congreso como Sharad Pawar, que consideraba legítimas las dudas acerca de su liderazgo: «Los indios comunes esperaban que su primer ministro tuviera una experiencia en la vida pública». Pawar y sus colaboradores fueron expulsados del partido cuando Sonia amenazó con dimitir. Supuestamente, para las elecciones de 1999, esta se estudió los vídeos de los discursos de Indira, adoptó sus gestos y se tiñó el pelo de un color más oscuro, pero sin éxito. Pronunció un respetable discurso en el Parlamento tras las persecuciones de 2002 contra los musulmanes en Gujarat, deplorando la violencia, pero lo siguió con una campaña electoral en dicho estado que parecía destinada a apaciguar el chovinismo hindú: nombró director de la campaña a un ex líder del RSS, y visitó templo tras templo, mientras desairaba a la viuda de un congresista musulmán local que había sido asesinado junto con las personas a las que estaba protegiendo. El BJP de Narendra Modi ganó en Gujarat por mayoría absoluta.

Para sorpresa de los encargados de efectuar las encuestas de opinión, sin embargo, el Partido del Congreso consiguió, bajo el liderazgo de Sonia, recuperarse en las elecciones de 2004. Aunque la diferencia de votos fue marginal, su equipo había firmado con los partidos de izquierda un pacto que dio a la Alianza Progresista Unida, liderada por el Partido del Congreso, la mayoría parlamentaria, y ayudó a mantener bajo control las fuerzas basadas en la casta y las regionales. Las encuestas habían descubierto que, por sí sola, Sonia no podría competir contra el candidato en el poder, Vajpayee, pero el trío Sonia + Rahul + Priyanka sí tendría más posibilidades. Como resultado, la mayoría de los dirigentes del Congreso quedó confinada en Delhi, mientras Sonia y sus hijos dominaban la cobertura mediática, acompañados por unos cuantos famosos de Bollywood y un enorme dispositivo de seguridad: entre veinte y treinta vehículos, guardaespaldas armados, radioteléfonos portátiles, etcétera. Tras unos estudios erráticos en Harvard y Cambridge, Rahul, de 34 años, ocupaba un lucrativo cargo en el célebre Monitor Group de Londres –la «consultoría global» que redactó la tesis doctoral de Saif Gaddafi en el LSE– seguido por un periodo en una dudosa empresa de subcontratación tecnológica de Bombay. Toda una batería de expertos se encargó de transformarlo en un amigo del hombre común, y lo devolvió debidamente convertido en parlamentario por el escaño familiar de Amethi.

La decisión de Sonia de nombrar primer ministro a Manmohan Singh en 2004, en lugar de promoverse ella misma, fue recibida casi universalmente como un acto de verdadero sacrificio gandhiano; para Dileep Padgaonkar, periodista de *The Times of India*, estaba a la par de la renuncia de Buda a los bienes materiales. Fue igualmente admirada como frío cálculo político. La medida desarmó al BJP, que había previsto dirigir una campaña nacional contra la vergüenza de que India estuviese gobernada por una extranjera, y se ganó el apoyo de partidos más pequeños –como la escisión del Janata Dal dirigida por Lalu Prasad Yadav, del estado de Bihar– que de otro modo podrían no haber apoyado a la UPA. Pero Sonia no solo conservó su máxima posición dentro del Partido, sino que amplió su poder sobre el primer ministro: una enmienda en los estatutos del grupo parlamentario del Partido del Congreso establecía que el presidente del Partido, ella misma, tendría capacidad para nombrar y cesar al primer ministro. Manmohan Singh no tenía base electoral –era candidato al Rajya Sabha, la Cámara alta al estilo Westminster– y, por lo tanto, dependía por completo del respaldo de Sonia. Como asistente principal le colocaron un leal de la RGF, Pulak Chatterjee. El nuevo primer ministro se mostraba debidamente deferente mientras saludaba por primera vez a la prensa: «Conozco mis limitaciones, pero con la guía de la señora y el apoyo del país, estoy seguro de que vamos a construir el futuro». Sumado al sentimiento general de satisfacción, el primer



Gobierno de la UPA también sería beneficiario de la expansión comercial planetaria de mediados de la década de 2000: la gran afluencia de capital extranjero fue absorbida por el auge de la inversión; con tasas de crecimiento cercanas al 10 por 100, se hablaba de India como el más prometedor de los BRIC, quizá incluso capaz de superar a China.

Singh dedica solo un breve capítulo a la trayectoria del Partido de su heroína, en el poder desde 2004. Hay muchos elogios para el *National Advisory Council*, que, establecido bajo su presidencia, otorgó a Sonia rango formal de ministro de la Unión India. Aunque supuestamente dice muy poco en esas reuniones, como con sinceridad afirma Singh, el CAN «le ha aportado la imagen de legisladora dedicada a las buenas obras, que pasa el tiempo con activistas sociales y trabajadores de organizaciones benéficas»:

Situarse a la cabeza del CAN le permitió a Sonia distanciarse del Gobierno, y al mismo tiempo hablar sobre temas que el Gobierno no abarca en general, como el derecho de todos los pobres a comer [...]. Fue un movimiento político astuto, porque abarca a quienes defienden una nueva economía india de libre mercado y a otros que simpatizan con los renombrados activistas sociales del CAN: economistas capitalistas de la mano de progresistas generosos.

¿Cuál es la tendencia predominante? En economía, el Gobierno de Singh emprendió una firme política privatizadora, tasando sistemáticamente los activos públicos por debajo de su precio real: los agricultores fueron expulsados de los terrenos asignados a las Zonas Económicas Especiales; las empresas privadas obtenían condiciones preferenciales para los contratos de infraestructuras; el espectro 2G fue subastado con un déficit de 39 millardos de dólares y provisión para una pérdida potencial varias veces superior. Todos estos acuerdos, firmados por Manmohan Singh, llevaron la antigua corrupción del Partido del Congreso a alturas astronómicas. La riqueza en capital financiero y bienes inmuebles se ha disparado, los beneficios que produce se concentran en un pequeño segmento de la población, mientras que la economía se ha desprendido de los trabajadores no cualificados. El consumo de la elite y la entrada de capital mundial han hecho aumentar más las importaciones que las exportaciones, provocando un déficit por cuenta corriente mayor que en la década de 1990. Se calcula que entre 500 millardos y 1.400 millardos de dólares se han trasladado ilegalmente al extranjero. Frente a esto, el gobierno ha asignado 8.900 millardos de dólares a su programa insignia contra la pobreza, la Ley Nacional de Garantía del Empleo Rural, que ofrece 100 días de trabajo manual no cualificado –tapar baches, limpiar canales de regadío, etcétera.– a cualquiera que lo solicite, con un salario mínimo establecido en torno a los 2 dólares diarios.

El segundo Gobierno de la UPA ha aplicado nuevas medidas liberalizadoras, a instancias de las potencias occidentales, aunque la economía ahora

está fallando. Una ley sin precedentes ha levantado las restricciones a la inversión extranjera en el sector de la alimentación minorista, dando entrada a Walmart y otras multinacionales a expensas de millones de pequeños comerciantes indios, sin ninguna garantía de que mejore la infraestructura de producción y distribución de alimentos que tantos desnutridos deja. Unido a esto, está en marcha una insólita financiarización del sistema de distribución pública de alimentos y carburante subvencionados (ya de por sí tradicionalmente saqueado a escala masiva). Se están desmantelando las redes existentes; en lugar de recibir las mercancías en sí –parafina, harina de garbanzos, lentejas– casi 300 millones de campesinos recibirán pequeñas cantidades en metálico, a través del corrupto y endeudado sistema bancario. Unas 600.000 aldeas están atendidas por una red de solo 40.000 sucursales bancarias, con la consecuencia de que muchos «beneficiarios» deben viajar medio día para acceder a sus nuevas cuentas, solo para que en muchos casos les digan que el dinero no ha llegado aún. La familia Ambani, que domina el sector del refinado de petróleo, podría ser la principal ganadora.

Además de su preocupación por los pobres, la UPA ha afirmado sostener la causa del empoderamiento de las mujeres y de la secularización, contra la supuesta «amenaza fascista» del BJP. Sonia y el NAC han defendido la imposición de cuotas para garantizar que las mujeres ocupen un tercio de los escaños del Lok Sabha [Cámara baja] y de las asambleas estatales, y renovado los llamamientos a que se apruebe la Ley de Protección de las Mujeres, después de una terrible violación en grupo –muy difundida, al contrario que la mayoría de los ataques de este tipo en los que los perpetradores gozan de privilegios de casta– que provocó protestas feministas en todo el país. Pero el principal obstáculo para la autodeterminación de las mujeres en India es el dominio que los organismos religiosos conservadores tienen sobre el derecho de familia –matrimonio, divorcio, herencia, violencia doméstica–, establecido por Nehru y consolidado por Rajiv y Sonia. Mientras tanto, la UPA está ahora atrapada en las redes de la recesión mundial y la rebelión interna contra la opresión y la corrupción en el país. La respuesta del Partido del Congreso a la insurgencia de los *adivasis* ha sido draconiana, mientras que el movimiento anticorrupción liderado por Hazare en el verano de 2010, cuando Sonia estaba supuestamente hospitalizada en Estados Unidos, sorprendió a los dirigentes del Partido.

Hay una percepción generalizada de que Sonia está a la izquierda de la camarilla estrictamente neoliberal que rodea al primer ministro nombrado por ella: Chidambaram, Ahluwalia, Raghuram Rajan y compañía. La presidenta tiene que preocuparse por la elegibilidad del Partido, mientras que el ala tecnócrata de este, no; muchas de las intervenciones de Sonia, que a menudo adoptan la forma de cartas abiertas al Gobierno, resaltan la necesidad de considerar los efectos que las políticas tendrán sobre los pobres.

Pero la posición de Manmohan Singh depende en último término de ella. Sonia había hecho creer a la izquierda que estaba en contra de la liberalización del sector energético indio, pero guardó silencio mientras Rahul se mostraba inusualmente animado en el Parlamento. El Acuerdo Nuclear entre India y Estados Unidos, que formalmente subordinaba aspectos clave de la política exterior india al dictado de Washington, solo fue aprobado en 2008 mediante sobornos descarados a los legisladores, cuando no solo la oposición, sino también el CPM [Partido Comunista de India-Marxista], liderado por Prakash Karat, rechazaron una cesión tan venal de la soberanía. En protesta, el BJP vació sacos de billetes de rupias en el suelo de la Cámara, para mostrar que Sonia y su primer ministro estaban comprando la mayoría. Otro laurel en los credenciales «socialistas» de Sonia es la perseverante promoción de su propio hijo, firmemente neoliberal. Rani Singh dedica un trémulo capítulo final a este «hombre del pueblo» «de piel clara y fotogénico», con su «escogido equipo de jóvenes motivados y preparados», muchos de los cuales son «expertos en tecnología». En apariencia Rahul «combina el idealismo de Rajiv con el impulso de Sanjay». Mientras que Sonia ha «heredado el manto de matriarca, y sabe llevarlo», Rahul representa la «política de la esperanza» y está «atrayendo sin dificultad a los más jóvenes».

Esa es la lógica del dinastismo. El ADN de los pandits de Cachemira tal vez se haya diluido hasta el límite de la extinción en los genes gujarati-parsi e italo-católicos, pero el apoyo al principio sucesorio parece intacto en el Partido del Congreso y entre la máxima *intelligentsia* india. El nombramiento de Rahul por su madre como número dos del partido fue en general bien recibido, en nombre de la estabilidad y de garantizar el futuro; cualquier posible disenso ante la imposición de un derechista malcriado apenas se elevó por encima del murmullo. Y aquellos preocupados por la posibilidad de que Rahul no esté a la altura del cargo acuden primero a su hermana Priyanka, considerada «candidata natural» para la tarea. Singh meramente recicla las ideas recibidas de estos círculos. El dinastismo ayuda a unir al país, al naturalizar el poder en forma de continuidad familiar que los votantes pobres pueden entender. «Nuestro orgullo es la madre India, nuestra guía es la madre Sonia», proclama la publicidad del Partido del Congreso, como si el principal deber de una *intelligentsia* nacional merecedora de ese nombre no fuese el de combatir dicha mistificación. El dinastismo es un fenómeno universal, ¿por qué criticar su aparición solo en India? Porque, sancionada durante tantas generaciones en la cumbre, aquí es donde más se ha extendido la podredumbre: la hegemonía del Partido del Congreso ha ayudado a normalizar el dinastismo en todo el sistema político. En la Lok Sabha actual, tres de cada diez parlamentarios tienen lazos familiares con su escaño, ascendiendo a cuatro de cada diez en el caso del Partido del Congreso; cuanto más joven es el parlamentario, más probabilidades

hay de que el escaño sea «hereditario»: todos los parlamentarios del Partido del Congreso menores de 35 años son «herederos». El dinastismo está profundamente arraigado en la cultura india: «Los habitantes del Sur de Asia creen que el conocimiento y la experiencia aumenta de una generación a la siguiente y, si es posible, no debería malgastarse», explica Singh. Pero esta es simplemente otra apología del pernicioso control de casta.

La reaccionaria educación católica de Sonia Gandhi y su falta de preparación formal no han sido un obstáculo; quizá al contrario, incluso: ha demostrado ser un operador perfectamente adecuado del sistema. Ha cultivado el legado de Nehru, sacando más volúmenes de cartas y convirtiendo la casa de Indira en un museo del patrimonio cultural. Ha convertido en culto su sacrificio por la nación: Rahul reveló que, la noche antes de anunciar su ascenso a la vicepresidencia del Partido del Congreso, Sonia se le acercó llorando, «porque sabe que el poder que tantos buscan es de hecho un veneno». No ha dejado de proclamar que «la mano del Congreso está con los pobres», a pesar de que la desigualdad está aumentando. «Sonia parece sacar fuerza de mirar a los desamparados a la cara», escribe Singh, un argumento ilustrado de manera muy poco sutil por la portada de su libro, que muestra a Sonia sonriendo a una mujer pobre. Sobre todo, ha ayudado al Partido a recuperar el poder.

El precio ha sido el de eliminar todo control democrático en el Partido del Congreso. Hasta Indira y Rajiv se reunían con un consejo de diez miembros para consultar los nombramientos más importantes, pero Sonia ha prescindido completamente de esto, y nombra por sí sola a todos los dirigentes de las secciones estatales. El Comité de Trabajo del Partido del Congreso puede tener hasta doce miembros elegidos y once nombrados por el presidente. Sus primeras elecciones en veinte años se celebraron en 1992, y no se han vuelto a celebrar desde 1998, cuando Sonia asumió el poder. En una mayoría abrumadora, los miembros del comité no son representantes en la Lok Sabha: la mayoría de los principales asesores de Sonia y de los ministros del Gobierno pertenece a la Rajya Sabha [Cámara alta]. La falta de control interno en el seno del Partido se amplía así a todo el sistema político. Gandhi y su progenie sirven esencialmente de frente ideológico de una máquina de clientelismo político. Tachado de amenaza fascista, el BJP desempeña ahora la función que los británicos ocuparon a la hora de obtener apoyos. La identidad y el atractivo del Partido del Congreso son ahora negativos: no están explícitamente equiparados a una geografía, una religión o una casta específicas. En el otro extremo, el BJP, única alternativa electoral viable en todo el país, ha convertido en cuestión de principio que ninguno de sus dirigentes tenga certificado dinástico. Si las encuestas de popularidad son un indicio, el principal beneficiario del Raj Nehru de Rahul podría ser Narendra Modi.